

1810.  
Estado de  
Nueva España  
á fines de 1809.

de dinero, produjo fatal efecto en los americanos. A pesar de los acontecimientos habidos desde 1808, habia continuado prosperando el país, no sólo en la parte de los intereses materiales, sino en las Ciencias y las Artes. Desde muy al principio del siglo habia costeado el Gobierno las expediciones para formar la *Flora Mejicana y Peruana*, y en 1805 se habia establecido un jardin botánico en Méjico, dirigido por el profesor Don Vicente Cervantes, uno de los hombres más instruidos que envió á Nueva España el Gobierno de la Metrópoli. Los Consulados de Méjico y de Veracruz, con fondos que tomaron al cinco por ciento, habian emprendido la construccion de una magnífica carretera entre las dos ciudades; teniendo que atravesar el rio de la Antigua, muy caudaloso en la estacion de lluvias, construyeron un sólido y hermoso puente de piedra, conocido con el nombre del Rey, cuyas obras dirigieron Don Diego García Conde y Don José Rincon, generales ambos despues de la independenciam. Del camino se ven los restos que de él han quedado. Otras obras útiles se habian concluido ó estaban en construccion, pero todo lo paralizó la funesta y sangrienta rebelion de que voy á ocuparme.

## CAPITULO IV.

Conspiracion  
de Querétaro.—  
El cura Don Miguel Hidalgo.

«La conspiracion mal apagada en Valladolid, y cuya importancia y ramificacion quedaron encubiertas por no haberse continuado la causa que se comenzó á instruir contra los conspiradores, habia ido progresando y extendiéndose durante el Gobierno del Arzobispo y de la Audiencia. El centro de ella estaba en Querétaro, lugar que proporcionaba grandes comodidades para las comunicaciones y las correspondencias con la capital y las provincias, por ser el punto de donde salen los ca-

1810.

minos para todas las principales ciudades del interior, y tránsito preciso para todos los correos. Contaban además los conspiradores con el apoyo del corregidor de aquella ciudad Don Miguel Dominguez, que favorecia la revolucion, y con mayor y más decidido empeño su esposa Doña María Josefa Ortiz.» Era Dominguez un magistrado apreciable, y se habia conducido con integridad y con lealtad, hasta que entró en la conspiracion contra un Gobierno que le habia dado uno de los mejores empleos de Nueva España, pues tenía casa, cuatro mil pesos de sueldo y otros cuatro mil de obvençiones, y habia mandado reponerle en él, una vez que le habia depuesto Iturrigaray, á pesar de la amistad y la proteccion de Godoy al Virey.

Pretextando ser una academia literaria, se reunian los conspiradores en Querétaro en casa del presbítero Don José María Sanchez, y tenían juntas secretas en la del licenciado Parra, á que asistian los abogados Laso y Altamirano; los capitanes provinciales de caballería del regimiento de la Reina, Aldama y Allende, vecinos de San Miguel, de donde iban secretamente; el capitan Arias, de quien hablé en la página 61, que con algunas compañías de su regimiento estaba de guarnicion en Querétaro; algunos oficiales del mismo cuerpo; el capitan Lanzagorta, del de Sierra Gorda, y los hermanos Emeterio y Epigmenio Gonzalez y otros vários de ménos importancia. Hidalgo, cura de Dolores, fué una vez á principios de Setiembre por invitacion de Allende; mas no pareciéndole suficientes los medios para la revolucion, no tomó parte, pero lo hizo á los pocos dias, porque le dió Allende informes más satisfactorios. No concurría el Corregidor á las juntas, pero se entendia con los conspiradores por medio de Allende, que se alojaba en su casa.

El cura de la villa de Dolores, en la rica provincia

1810.

de Guanajuato, Don Miguel Hidalgo y Costilla, citado en el párrafo anterior, era natural de Pénjamo, y de raza blanca. Nació en 1747; estudió en el colegio de San Nicolás de Valladolid, en donde dió con lucimiento los cursos de filosofía y de teología, y fué rector. Después de haber servido varios curatos, se le trasladó al de Dolores, y estaba desde 1800 encausado por la Inquisición, por errores en materias religiosas; «poco severo en sus costumbres, y aun no muy ortodoxo en sus opiniones, no se ocupaba Hidalgo de la administración espiritual de sus feligreses, que habia dejado, con la mitad de la renta de su curato, á un eclesiástico llamado Don Francisco Iglesias; pero traduciendo el francés, cosa bien rara en aquel tiempo, en especial entre los eclesiásticos, se aficionó á la lectura de obras de artes y ciencias, y tomó con empeño el fomento de varios ramos agrícolas é industriales en su curato. Extendió mucho el cultivo de la uva, de que hoy se hacen en aquel territorio considerables cosechas, y propagó el plantío de moreras—de la especie comun del país—para la cria de gusanos de seda, de las cuáles existen todavía en Dolores ochenta y cuatro árboles plantados por él, en el sitio á que se ha dado el nombre de las «Morenas de Hidalgo,» y se conservan los caños que mandó hacer para el riego de todo el plantío. Habia además formado una fábrica de loza, otra de ladrillos, construido pilas para curtir pieles, é iba estableciendo talleres de diversas artes. Todo ésto y el ser no sólo franco, sino desperdiciado en materia de dinero, le habia hecho estimar mucho de sus feligreses, especialmente de los indios cuyos idiomas conocia, y apreciar de todas las personas que, como el obispo electo de Michoacan, Abad y Queipo, y el intendente de Guanajuato, Riaño, se interesaban en los verdaderos adelantos del país. No parece, sin embargo, que en algunos de estos ramos

1810.

tuviese conocimientos bastante positivos, ni ménos el órden que es indispensable para hacerles hacer progresos considerables.» «Era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, como que pasaba ya de sesenta años, pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos; de pocas palabras en el trato comun, pero animado en la argumentacion á estilo de colegio, cuando entraba en el calor de alguna disputa.»

Don Mariano Galvan, empleado en el correo de Querétaro, secretario de la Junta revolucionaria, asustado probablemente de los proyectos que oía, dió aviso de lo que pasaba á su jefe Don Joaquin Quintana, el cuál á su vez informó al administrador general de correos, Don Andrés de Mendivil, y éste entregó la denuncia, firmada por Galvan, al oidor Aguirre quien no dió cuenta á la Audiencia, probablemente por desconfiar del regente Catani, que, como se dijo en la pág. 71, estaba sujeto á la influencia del partido antiespañol; pero encargó que se observaran cuidadosamente los pasos de los conjurados.

«Sospechando el capitán Arias que el plan habia sido descubierto, creyó que el mejor medio de ponerse en seguro era denunciarse él mismo, y lo hizo el dia diez de setiembre dirigiéndose, no al Corregidor, sino al alcalde D. Juan de Ochoa, europeo, y al sargento mayor de su cuerpo, Alonso, que tambien lo era, para que viesen de qué modo podian evitar el degüello general de los europeos, que habia de ser por donde se habia de dar principio á ejecutar la conspiracion. Ochoa despachó inmediatamente, y á toda diligencia, al capitán Don Manuel de Arango á encontrar al virey Venegas, que estaba en camino para la capital, y darle noticia de lo ocurrido, sin poner comunicacion ninguna

Denuncia la conjuración uno de los comprometidos.—No se toman medidas activas.—Descubre la conjuración Arias al alcalde de Querétaro.—La denuncia el sargento Garrido.—Apatía del Intendente de Guanajuato.

1810.

por escrito, por no aventurar el secreto; pero despues, habiendo instruido al escribano Don Juan Fernando Dominguez, uno de los más celosos y activos del partido europeo, éste redactó una *Exposicion* en que se daba cuenta de todo, acompañando lista de los conspiradores, la que Ochoa despachó al Virey. Tres dias despues, el trece de setiembre, Arias manifestó á Ochoa y á Alonso las cartas que habia recibido de Hidalgo y Allende, en que le hacian prevenciones sobre el movimiento que iban á hacer.

»El mismo dia trece, al anochecer, un español llamado Francisco Bueras denunció formalmente al cura juez eclesiástico, Dr. Don Rafael Gil de Leon, que habia una conspiracion, que iba á estallar aquella noche, para degollar á todos los españoles; que habia acopio de armas en casa de un tal Sámano y en la de Epigmenio Gonzalez, habiéndolo sabido por uno de los mozos que habian trabajado en hacer cartuchos, y que el Corregidor tenía parte en esta trama, agregando que de todo habia dado aviso al comandante de brigada García Revollo. El cura, aunque no era sabedor de la conspiracion, siendo amigo del Corregidor pasó inmediatamente á instruirle de la denuncia, la que ponía á éste en la precision de proceder contra sus cómplices, ó de ser preso con ellos por el Comandante de brigada; así lo dijo á su mujer, anunciándole que se veía en la necesidad de poner en prision á Epigmenio; y recelando alguna imprudencia del carácter fogoso de la Señora, al salir de su casa cerró el zaguan, se llevó consigo las llaves y fué en busca del escribano Dominguez, porque aunque no estando de semana no le tocaba actuar, pero sabiendo que estaba tan relacionado con el partido europeo, le convenia ver por su medio lo que se hubiese trascendido. Llegó á hablarle á las once de la noche, y le dijo que un sacerdote de la mejor nota le habia

1810.

denunciado la conspiracion que debia estallar aquella noche, y en la que estaban comprometidos más de cuatrocientos individuos, pidiéndole consejo sobre lo que debia hacer. El astuto Dominguez, que por la denuncia de Arias estaba perfectamente impuesto de todo, y de la parte que el Corregidor tenía en la conjuracion, fingió no creer nada para no darle á entender que lo sabía; pero insistiendo el Corregidor en la verdad del hecho, le propuso que pidiese auxilio al Comandante de brigada y procediese á catear la casa de Epigmenio Gonzalez. Adoptó esta idea el Corregidor, y debiendo acompañarle Dominguez, quiso éste que para mayor seguridad fuesen con él sus dos yernos Don Francisco García y el capitán Don Juan Nepomuceno Rubio, lo que el Corregidor resistió, diciendo que bastaba con su cochero y lacayo. Hízose esta resistencia sospechosa á Dominguez, recelando se intentase algo contra su persona; mas por no dar indicio al Corregidor de que estaba en el secreto, le acompañó solo, aunque armándose con una espada y un puñal. El Comandante de brigada, á quien el Corregidor y Dominguez instruyeron de lo que ocurría, hizo que tomasen las armas cuarenta hombres, con veinte de los cuáles fué él mismo á sorprender la casa de Sámano, y dió los otros veinte para que fuese con ellos á la de Epigmenio.

»Grande era el conflicto en que el Corregidor se hallaba, teniendo que proceder conforme á las obligaciones de su empleo, á la prision de los conspiradores, sin haber podido ni aun darles aviso, corriendo el riesgo de que ellos lo denunciassen, por lo que trató de salvarlos por todos los medios que pudo. Dirigióse á la casa de Epigmenio, situada en la plaza de S. Francisco, para hacerla abrir tocando inmediatamente á la puerta, con lo que habria tenido aquel tiempo para evadirse; pero el sagaz Dominguez lo impidió, haciendo que ántes

1810.

subiese la tropa por una botica inmediata y guardase las azoteas. Entónces dijo al Corregidor que ya podia hacer llamar á la puerta; Epigmenio se asomó á una ventana y rehusaba abrir, hasta que se le amenazó que se echaria la puerta abajo, y se le hizo ver la tropa que estaba en la azotea, y entónces abrió por la tienda. El Corregidor, contentándose con una ligera visita, daba por concluida la diligencia y queria retirarse, no habiéndose encontrado nada al primer golpe de vista; Dominguez insistió en que el cateo se hiciese con más escrupulosidad, y como que conocia bien la casa y estaba seguro de lo que en élla se ocultaba, notando que la puerta que del comedor daba entrada á la recámara estaba tapada con unos tercios de algodón, los hizo quitar, y entrando á la pieza interior, se encontró en ella á un hombre que estaba haciendo cartuchos, porcion de éstos y gran cantidad de palos dispuestos para lanzas. Llamó entónces Dominguez al Corregidor para manifestarle lo que se había encontrado en aquella pieza, y cogió al hombre que hacía los cartuchos para examinarlo, lo que no pudo hacer porque el Corregidor le dijo á ese tiempo: «Vámonos, que ya está descubier- to el cuerpo del delito;» mas Dominguez, no obstante, hizo se abriesen otras piezas de la casa, en la que se hallaron más cartuchos y porcion de municiones. Con tal descubrimiento el Corregidor se vió obligado á prender á Epigmenio Gonzalez, á su hermano y á todos cuantos estaban en la casa, la que quedó custodiada con tropa. En la mañana siguiente comenzó el Corregidor á tomar las declaraciones á los presos, las que interrumpió para seguir las en la tarde, en todo lo cuál, como se deja entender, se condujo muy flojamente. En la noche siguiente mandó el Corregidor se hiciese nuevo exámen de la casa, lo que no se verificó porque Dominguez, sabiendo que en ella estaba encerrada mucha pólvora,

1810.

temió un accidente si se entraba con luz artificial, con lo que se difirió la práctica de esta diligencia.

»Mientras el Corregidor estaba ejecutando la prision de Epigmenio, su esposa, persuadida del riesgo que la conspiracion corria de frustrarse y todos los comprometidos en ella de ser aprehendidos, si no se tomaban prontas y eficaces medidas, trató de dar inmediatamente aviso á Allende del punto á que habian venido las cosas. La recámara de su habitacion caía sobre la vivienda del alcaide de la cárcel, la que, como en casi todas las capitales de provincia, estaba en los bajos de la casa del Gobierno. Llamábase el alcaide Ignacio Perez, y era uno de los más activos agentes de la conjuracion. La seña convenida entre él y la Corregidora para comunicarse en cualquier caso imprevisto, eran tres golpes con el pié sobre el techo del cuarto del alcaide; diéronse en esta crítica circunstancia, y como que el Corregidor habia dejado cerrada la puerta del zaguán, á través de ésta impuso la Corregidora á Perez de las ocurrencias de aquella noche, y le previno buscase persona de confianza que fuese con toda diligencia á S. Miguel á instruir á Allende de todo. El empeñoso Perez no quiso confiar á otro encargo tan delicado; él mismo se puso en camino, y no habiendo encontrado á Allende en S. Miguel, á donde llegó al amanecer el dia quince, buscó á Aldama, á quien dió cuenta de su venida. Apénas amaneció el dia catorce, la Corregidora hizo que su hijastra, acompañada del P. Sanchez, fuese á ver á Arias, á quien suponía ignorante de estos sucesos, excitándolo á dar principio inmediatamente á la revolucion; pero aquel contestó de una manera desabrida, diciendo que se veia en aquel compromiso por haberse fiado de quienes no debiera, y que ya tenía tomado su partido, dejando con esta respuesta á la Corregidora en cruel incertidumbre.

1810.

»Verificada la prision de Gonzalez, Arias manifestó al alcalde Ochoa que todo cuanto el Corregidor habia practicado, no era más que una apariencia para ocultar las maquinaciones que seguian con actividad: que la Corregidora le habia hecho hablar para que acelerase el pronunciamiento, y que no podia permanecer por más tiempo en la situacion difícil en que se hallaba. El alcalde, puesto de acuerdo con el mismo Arias, dispuso prender á éste, como se ejecutó en la noche del quince á las nueve, llamándolo su comandante Alonso de una visita donde estaba, y en el acto de conducirlo el propio Alonso, Ochoa y Dominguez en un coche á la hospedería alta del convento de la Cruz, le sacó Dominguez de la bolsa de la casaca unos papeles que de propósito se habia puesto en ella, entre los cuáles estaba una es-  
 quela de Hidalgo á Allende, y las dos cartas de éste á Arias que ya tenía presentadas. En la primera decia Hidalgo que ya no habia remedio; que el plan se habia de verificar á lo más tarde el primero de Octubre, y Allende, procurando disipar los temores que Arias le habia manifestado, le persuadía que no tuviese cuidado porque algunos se hubiesen arrepentido, pues contando con los amigos que tenía, y poniéndose al frente de los suyos, aseguraria el éxito ocupando las avenidas de la plaza mayor y de la de S. Francisco. Preguntado Arias en la declaracion que en seguida se le tomó, por qué conducto habia recibido aquellas cartas, y quiénes eran los amigos con quienes decia contaba, contestó á lo primero que se las habia entregado Don Antonio Tellez, y en cuanto á lo segundo fingió eludir la pregunta; pero instado nuevamente, hubo de contestar, segun estaba convenido en toda esta comedia, que eran el Corregidor y su mujer y todos los demás individuos, que como en su lugar se dijo concurrían á las juntas. Con esta declaracion formal, el alcalde Ochoa libró auto de prision

1810.

contra todos, pidiendo auxilio al Comandante de brigada; y por un acto irregular autorizado por las circunstancias, la autoridad inferior procedió á la prision de la superior, apoyado Ochoa en todos los españoles de Querétaro. El Comandante de brigada puso orden al mayor del regimiento de la Reina, Don Francisco Camuñez, para que prendiese á Allende y á Aldama, é hizo partir con ella al teniente de dragones de Querétaro Don José Cabrera: orden tardía, que si se hubiera dado como se debió hacer, el mismo dia diez en que se tuvo la primera denuncia de Arias, hubiera desconcertado enteramente la revolucion, impidiendo el que se ejecutase en Dolores y San Miguel, así como en Querétaro se estorbó, con las prisiones que se hicieron, la explosion que debia haberse efectuado allí. A las cuatro de la mañana del dieciseis de Setiembre estaban hechas las prisiones de todos los conjurados de Querétaro: el Comandante de brigada puso cien hombres sobre las armas, y al primero que prendió fué al oficial de guardia del cuartel de Celaya: el Corregidor fué conducido por Ochoa, primero al convento de S. Francisco, y tardando mucho en abrir allí, al de la Cruz: su esposa fué puesta en la casa del mismo Ochoa, y en seguida en el convento de Santa Clara; y los demás presos en los conventos del Cármen y S. Francisco. De todo se dió aviso al Virey el dieciseis á la una y media del dia, mandándole testimonio de lo actuado hasta aquella hora.»

Tambien habia denunciado la conspiracion en Guanajuato al mayor y comandante de aquel batallon provincial Don Diego de Berzábal, de quien hablé en la página 36, el tambor mayor y maestro de música del cuerpo Juan Garrido, que habia sido llamado por Hidalgo con el pretexto de necesitar la música para una de las frecuentes fiestas que él hacía, y les propuso á Garrido y á los sargentos Dominguez y Navarro hacerles capi-